

# PRESENTACIÓN

La subjetividad es el eje transversal del séptimo tomo de la *Colección Sophia*. En el siglo que transitamos parece ser una palabra de moda; en disímiles ámbitos y desde diversas disciplinas, y hasta como término del sentido común, se apela a ella en muchos discursos. Se caracteriza a la sociedad actual como aquella en la que todo resulta “relativo”, y la “subjetividad” es la que se impone a la hora de las elecciones personales, de las opciones de valores y del dejarse llevar por lo que se siente y piensa. En paralelo a esta moda, y muchas veces de manera superpuesta y sin casi darnos cuenta, vivimos también en un tiempo de desobjetivización en donde las personas terminamos cosificadas en una aldea global de mercado y consumo<sup>1</sup>, y en un deterioro de cohesión social (Cfr. Alain Touraine)<sup>2</sup>.

La crisis del marxismo junto con las influencias de nuevos paradigmas teóricos y metodologías de investigación llevó a novedosos desarrollos. Desde finales de la década de los setenta, comenzaron fuertes críticas tanto a las teorías clásicas y formulaciones “funcionalistas” (teoría dominante) como a las “reproductivistas” (impulsadas desde la sociología crítica). Ambas habían objetivizado fenómenos sociales y educativos, excluyendo el mundo simbólico de los sujetos y de sus prácticas. En un marco general y estructural<sup>3</sup>, explicaban la realidad fuera del alcance de las voluntades de los sujetos.

Uno de los aportes de las perspectivas subjetivistas ha sido resaltar “el punto de vista del actor”. El sujeto o actor aparece interpretando, significando o resignificando normas y situaciones. Un conjunto de enfoques científicos,





de propuestas metodológicas y de escuelas de investigación usan esta perspectiva subjetivista: el interaccionismo simbólico<sup>4</sup>, la etnometodología, el análisis situacional, la psicología clínica y social, la ciencia antropológica, comunicacional y la pedagógica, entre otras tantas, buscan revelar las percepciones y creencias de los sujetos, cómo se construyen determinadas visiones y cómo esas percepciones guían la acción y definen las situaciones.

Ya desde la famosa “Escuela de Chicago”<sup>5</sup>, en los años treinta, William Thomas afirmaba que *si los hombres definen la situación como real ésta es real en sus consecuencias*. Según Gómez, *la percepción que tenemos del otro y de la situación, lejos de ser algo reservado al fuero subjetivo, influye sobre el otro y debe ser considerado como un elemento importante de la situación*<sup>6</sup>. Esta idea es clave para revalorizar la importancia de los procesos intersubjetivos, desde enfoques microsociológicos. Así podemos preguntarnos, por ejemplo, qué hacen los sujetos dentro de un sistema educativo o dentro de un aula de clases, qué ocurre en la vida social cotidiana desde el punto de vista de las personas en una determinada institución o comunidad, qué transferencias y contratransferencias se pueden generar en una conversación, o cómo un estudiante puede terminar acomodando su conducta a la percepción que el docente tiene de él. Es así que todo lo que ocurre (o no) en una situación puede comprenderse desde los esquemas de interpretación que tenemos los sujetos que formamos parte de esa situación; existen sistemas de pertinencias, de valores y posibilidades o imposibilidades que van a ir definiendo ese contexto.

Desde la sociología intersubjetivista un aporte es el que hace G. Mead<sup>7</sup>, según el cual los sujetos se relacionan entre sí sobre la base de su destreza para “ponerse en el lugar del otro” aprovechando e interpretando un mundo simbólico compartido en la vida social. Mediante

estos significados compartidos podemos determinar o captar el sentido del comportamiento del otro y dotar de sentido al nuestro. La sociología interaccionista analiza de manera desdoblada un mismo hecho y lo aborda en tres perspectivas por el mismo sujeto que interviene en ellos: ¿qué creo de la situación?, ¿qué creo que los demás creen de la situación?, ¿qué creo que los demás creen que yo creo de la situación? Toda perspectiva tiene sus propias metaperspectivas, y nuestras acciones se ciñen tanto a nuestras propias creencias como a las creencias que les asignamos a los demás.

Como podemos darnos cuenta, los estudios subjetivistas no sólo tienen un valor testimonial y psicológico desde el actor, sino que tienen un valor sociológico porque el sujeto se orienta y se comporta realmente tomando en cuenta sus creencias y percepciones de la situación.

Muchos pensadores describen desde hace tiempo una crisis de sentido, una sociedad que hoy se llama *del riesgo* (Beck Ulrich), el surgimiento de un individualismo asocial o en su extremo: de cohesiones fundamentalistas. Ante este escenario, reconocer el *derecho a la subjetividad*<sup>8</sup> es reconocer la necesidad que las personas tienen de ser sujetos con capacidad de elegir, optar y construir su identidad, sin sufrir las consecuencias de políticas de exclusión, desigualdad y marginación (sea a niveles micro social e individual como macro sociales).

Re-descubrir un sujeto, recuperarlo como alguien que se entiende a sí mismo en el ámbito de una realidad dada y en el de una realidad construible, que se puede potenciar desde el presente por medio de su capacidad auto-reflexiva, pero también desde una capacidad inter-auto-reflexiva. La educación podría ser pensada como un espacio público donde los sujetos se construyen en múltiples direcciones y alternativas, comprenden, indagan, proponen, se dinamizan en su desarrollo individual, al tiem-





po que dinamizan el entorno sociocultural, en contextos plurales e interculturales.

La filosofía dialogal o la filosofía de la intersubjetividad<sup>9</sup> pueden resultar viejas ideas atractivas como marco de pensamiento para descubrir, una vez más en el siglo XXI, al otro como sujeto en devenir. Esta filosofía surge como respuesta al existencialismo ateo y destaca la dimensión interhumana. Mientras que Sartre ve en el otro “un infierno”, Marcel o Buber<sup>10</sup> consideran que yo y el otro se configuran en relación (Cfr. Gastaldi, 2003)<sup>11</sup>. El aprendizaje del encuentro requiere de libertad, y la libertad es lo que construye sujetos autónomos y éticos<sup>12</sup>.

Ante posturas que -en el marco de la posmodernidad- argumentan la defragmentación y/o ausencia del sujeto como uno de los problemas epistémicos más importantes, los trabajos que aquí se presentan pueden resultar ideas estimuladoras para descubrir (o re-descubrir) al sujeto. La selección de colaboraciones relaciona la subjetividad desde la psicología, la educación y la filosofía aportando un interjuego de miradas diversas y reflexivas.

*Bécquer Reyes* plantea un desafiante artículo en el cual reflexiona que la educación, muchas veces, comete el error de destruir la subjetividad por dar prioridad a la acumulación de información.

La subjetividad como un lugar de la esperanza es revalorizada por el trabajo de *Francisco Peralta Idrovo*. A través de la tríada dependencia-miedo-educación, el autor logra un texto lleno de filosofía y sensibilidad.

El artículo de *Floralba Aguilar* aborda las concepciones y los sentidos de la subjetividad desde la historia de la filosofía, la psicología, la pedagogía y la historia y presenta la necesidad de una re-conceptualización de la subjetividad desde América Latina.

Cuestionando las condiciones de educabilidad, *Marcelo Rodríguez* plantea una educación para la transfor-

mación construida desde la intersubjetividad, concepto que sustenta el enfoque psicosocial propuesto por la psicología social crítica.

La responsabilidad de educar en tiempos de disolución subjetiva es el aporte de *Fabián Castiglione* que aborda los significados de la subjetividad desde diversos paradigmas filosóficos y psicológicos, la actual disolución de la subjetividad y su impacto en la estructuración de la identidad. Finalmente, destaca la responsabilidad de la educación, como lugar de privilegio para recuperar la subjetividad.

*Milagros Santamaría* propone, desde la psicología sistémica, el conocer humano como un desarrollo inacabado y gradual con requerimientos de ajustes continuos a procesos adaptativos en un contexto que destaca los componentes intersubjetivos de las experiencias educativas formativas. Una reflexión atrayente sobre la construcción intersubjetiva.

*Remberto Ortega* delibera desde el ámbito filosófico sobre el reto de educar en valores en un mundo relativista, y la tarea de toda educación endógena, que acentúa la subjetividad del proceso formativo de la persona.

Acercar a los lectores este tomo de *Sophia* supone un sostenido esfuerzo por seguir pensado y pensándonos, incentivar la producción académica y abrir discusiones, análisis y puertas a la investigación. Además, pretende el no dejarse arrastrar por la naturalidad de las situaciones, suspender toda presuposición y atender exclusivamente en lo que puede sonarnos “extraño” o diferente a nuestra subjetividad, y generar riquezas nuevas en espacios intersubjetivos.

*María Verónica Di Caudo*  
Editora

*Docente Universidad Politécnica Salesiana*

